

pueblos. Por ello considera oportuno analizar los términos “enseñar”, “aprender” y “predicar” en la lengua antigua eslava, teniendo como base el Nuevo Testamento griego, puesto que se considera el texto del cual se realizó la traducción al antiguo eslavo.

Juan Signes Codoñer muestra como las fuentes bizantinas son indispensables para reconstruir la historia de los eslavos en los primeros siglos de la Edad Media, y como son reflejo de las relaciones de los pueblos bizantino y eslavo. Este análisis lo realiza a través de la obra *De Administrativo Imperio* compuesta hacia la mitad del siglo X, analizando la estructura y los problemas que plantea dicha obra, y aporta como él bien dice, la traducción por primera vez al castellano de algunos de sus pasajes.

Los dos últimos artículos son dedicados a la Literatura como factor de reflejo del proceso de cristianización. Susana Torres dedica su trabajo a la literatura popular, examinando los poemas épicos populares de los eslavos rusos, denominados bylinas, los cuales reflejan el sentimiento de este pueblo eslavo. Manifiesta la importancia de la tradición oral de estos poemas, que muestran como la cristianización tuvo en esta población un carácter marcado, quedando reflejado en algunos de estos poemas. Y la literatura narrativa está analizada en el trabajo de Maya Yónova, en el que la autora realiza un estudio sobre cómo con el cristianismo, se produce la entrada de las influencias de la narrativa bizantina en la literatura medieval de los eslavos ortodoxos.

Esta publicación agrupa unos trabajos que juntos constituyen una aproximación a la complejidad de un hecho como es la cristianización de los diferentes pueblos eslavos, e invitan al conocimiento, la reflexión y en muchos casos al deleite de la historia y tradiciones eslavas.

MARÍA JESÚS ALBARRÁN MARTÍNEZ
Universidad de Alcalá de Henares

CARAGOUNIS, Chrys C., *The Development of Greek and the New Testament. Morphology, Syntax, Phonology, and Textual Transmission*. «Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament» 167 (Tübingen: Mohr Siebeck, 2004), XX-732 pp. ISBN: 3-16-148290-5

Estamos ante una obra que, con toda probabilidad, hará época. El autor (1940), profesor de exégesis de Nuevo Testamento en la Universidad de Lund, nos ofrece un denso estudio que él mismo no dudaría

en titular como *Un acercamiento diacrónico y acústico al Nuevo Testamento*: “this is exactly what this book is about”, nos dice en el prólogo. Estos dos focos, el diacrónico y el acústico, constituyen para el autor –y lo repite con insistencia a lo largo de la obra– los dos pilares fundamentales sobre los que recae toda la investigación. Para el autor, desde la antigüedad, en época micénica, hasta la época moderna, pasando por la época clásica, seguida de la época de transición entre el griego antiguo y moderno (335 a.C. - 565 d.C.) en que se inserta la lengua del Nuevo Testamento (= NT), y continuando con la época bizantina o medial, hasta la actualidad, la lengua griega se muestra como una unidad.

Precedida por una introducción general sobre “la lengua griega como problema histórico” (pp. 1-13), la obra está dividida en tres grandes partes: 1. *Evolution and Relevance* (pp. 17-92), sobre la unidad y evolución de la lengua griega y la pertinente relación lingüística entre el griego antiguo, el NT y el griego moderno actual; 2. *Developments in Morphology and Syntax* (pp. 95-336), sobre la transición de la morfología ática a la neohelénica, el desarrollo de la sintaxis y su repercusión en la exégesis neotestamentaria; y 3. *Pronunciation, Communication & Textual Transmission* (pp. 339-564), sobre la pronunciación histórica del griego y el error de Erasmo, que creó la dicotomía de la lengua, y sobre la importancia de la dimensión acústica para la comunicación y especialmente para la transmisión del texto del NT.

Descendiendo a un nivel más detallado, diré que la investigación se centra en dos puntos fundamentales: uno diacrónico, que el autor desarrolla en los cinco primeros capítulos (1ª y 2ª Partes, pp. 17-336), esencial para el estudio de la lengua helenística, especialmente del NT; y otro fónico/fonético (*acoustics*), que ocupa los tres últimos capítulos (3ª Parte, pp. 339-564), en que el autor, analizando la historia de la pronunciación griega, pone en evidencia la falsa pronunciación introducida por Erasmo (*De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione dialogus*, Basililae: Frobenius 1528), quien, con su análisis atomístico, dividió de modo tan tajante la lengua griega en dos etapas –antigua y moderna– que no parece haber entre ellas relación alguna; división, por otra parte, que ha oscurecido, según el autor, numerosos problemas de crítica textual, especialmente del NT.

El cap. 1 (pp. 17-63) da un repaso a los diferentes períodos o fases por las que ha pasado la lengua griega: micénica (lineal B, s. XV-XII a.C.), arcaica o épica (800-500 a.C.) con sus numerosos dialectos,

clásica o ática (500-300 a.C.), post-clásica (c. 300 a.C. - 600 d.C.), bizantina o medieval (600-1000), tardo-bizantina (1000-1500 d.C.), neohelénica (1500 hasta hoy), haciendo ver cómo, a pesar de su evidente evolución y continuas rupturas y desvíos en dialectos diferentes, conserva su carácter unitario. En efecto, este carácter unitario conservado a través de su historia, fenómeno único en la historia de las lenguas, ha sido posible gracias a los diversos intentos, llevados a término con eficacia, de reunificación de la lengua, como es el caso de la así llamada *Koiné* en época helenística o de la *Koiné neohelénica* o griego *Neohelénico* ya en el s. XX (oficial desde 1976), en que la lengua vuelve a unificarse tras su nuevo fraccionamiento en dialectos que dieron origen al popular *Demótico* frente al culto – literario, purista y aticista– *Katharevousa*, los cuales han quedado mezclados en la actual lengua oficial. Estas reunificaciones han hecho posible que el griego se mantenga como la misma lengua durante más de 4000 años de su larga historia, a pesar de los cambios impuestos – con su inevitable huella en la lengua misma– por el tiempo, la cultura, la religión, la ciencia e incluso el modo de concebir el mundo. En resumen, este primer capítulo, base en la que se sustenta la tesis del autor, hace ver cuán cercano está el griego moderno del antiguo: “Ancient Greek, including NT Greek, is still alive within Neohellenic” (p. 63).

El cap. 2 (pp. 65-92) aborda las relaciones lingüísticas pertinentes del griego del NT con el griego antiguo y el neohelénico, así como su importancia para la exégesis neotestamentaria. El autor apunta algunos temas que tendrán su principal desarrollo en los tres capítulos de la 2ª parte: la continuidad, desde la antigüedad a nuestros días, pasando por el NT, en el léxico y en las construcciones sintácticas (pp. 70-71). Incluso muchos “idioms” y expresiones que se han hecho proverbiales perseveran en la lengua neohelénica desde época antigua (desde Esopo, Heródoto, Eurípides, Aristófanes, Platón, Jenofonte, Tucídides... hasta Plutarco; desde los LXX y el NT hasta algunos Padres de la Iglesia del s. IV, como Basilio, Gregorio Nacianceno). En este sentido puede decirse que el Neohelénico actúa como estandarte o legado del griego antiguo (pp. 71-77). El autor insiste en la pervivencia continua de la lengua clásica también en los autores bizantinos que “not only wrote (for the most part) an Atticistic Greek, but they included in their writings many classical quotations and allusions” (p. 78), lo que revela al mismo tiempo su educación y formación clásica, lo que los convierte en verdaderos nexos entre el

griego antiguo, incluyendo la Koiné, y la lengua neohelénica (pp. 78-80). Así, por ejemplo, haciendo uso de los trabajos de Hatzidakis sobre estadística y comparación del léxico griego entre períodos distintos, es relevante observar, aunque sea sólo respecto al NT, cómo de un total aproximado de 4.900 palabras del NT, en la lengua neohelénica siguen todavía en uso 2.280, y pueden entenderse muy bien otras 2.220 cuando un griego las lee o las oye hoy día; sólo no entendería 406 palabras. Esto representa aproximadamente el 92.25% de inteligencia del léxico frente al 7.75% de desconocimiento. En el mismo sentido es sintomático que de las 6.844 palabras homéricas sigan todavía usándose 1.979 en neohelénico, es decir, el 54.71%. La conclusión inevitable es que debido a la continuidad en el léxico y construcciones sintácticas, el neohelénico puede usarse con frecuencia para esclarecer construcciones oscuras de un texto antiguo o del NT. Para conformar la continuidad entre el griego del NT y el neohelénico, el autor acude a la comparación de un texto del NT (Jn 3,1-4) con la paráfrasis que hizo Nonno Panopolitano, con la versión neohelénica de 1967, y con la versión de 1850 en griego culto (*Katharevousa*), demostrando con ello cómo esta última versión “is closest to the original”, mientras que la paráfrasis de Nonno, cronológicamente más cercano al NT, no refleja su propia lengua, el griego del s. V, sino la lengua de Homero (pp. 86-89).

Los capítulos 3-5, centrales en este estudio, se refieren al desarrollo de la morfología y sintaxis. El cap. 3 (pp. 95-140) trata de la transición en morfología desde el griego ático al neohelénico con especial atención al NT. A diferencia de otras lenguas, cuya forma moderna proviene de una época relativamente reciente, el griego moderno hinca sus raíces en el período de la *Koiné*. Los cambios básicos, morfológicos y sintácticos, que lo diferencian del griego antiguo se remontan a 900 años, al período que va de Alejandro a Justiniano, dentro del cual se forma el NT. Esto quiere decir que tanto el NT como el neohelénico coinciden en la base de su desarrollo. De ahí que se haya dicho del NT que es el primer libro escrito en griego moderno y el más simple. En pp. 103-119 ofrece el autor una detallada lista de cambios morfológicos y sintácticos. Concluye este capítulo con una consideración sobre el “aticismo” y los esfuerzos de Frínico y Moiris contra el curso descendiente que estaba tomando la lengua griega cuando, a raíz de la unificación de Grecia por Filipo y Alejandro, se establecía la *koiné* tanto en su léxico como en su sintaxis como algo “standard” entre los mejores autores atenienses de un

tiempo. La situación empeoró cuando las conquistas de Alejandro hicieron de la *koiné* la *lingua franca* de innumerables bárbaros incapaces de hablar y de escribir el griego correctamente. Aquí surge el movimiento aticista, como medio para corregir el desvío de la lengua, no tanto entre los bárbaros cuanto entre los mismos griegos que estaban corrompiendo la propia lengua. De esta forma los aticistas intentaron ante todo corregir el uso popular reconduciendo el lenguaje a su correcta dicción, a la recta sintaxis. Según esto, la influencia benéfica de este movimiento purista parece que no ha sido suficientemente valorado. El hecho de que el neohelénico tenga un alto porcentaje de coincidencia con el vocabulario ático es el resultado del influjo que hasta época moderna ha tenido dicho movimiento purista. Eso explica el por qué, después de veinte siglos, la lengua griega *koiné* no ha cambiado tanto como otras lenguas europeas. Otro problema, apuntado por Caragounis, y que creo muy importante, aunque no totalmente resuelto, está en ver la relación del movimiento aticista con el NT, escrito en la lengua popular de entonces y por autores (presumiblemente) no griegos. Que los aticistas hayan condenado tam-bién el uso de la lengua tal como aparece en el NT muestra el error en que aquéllos se encontraban, aunque –como lo reconoce Caragounis– la cuestión no es tan simple: es verdad que el NT no es en su conjunto un modelo de elegante dicción, aunque es cierto que contiene un buen número de espléndidas construcciones; pero también es verdad que la comparación entre el léxico del NT y el uso de los aticistas puede llevar a una conclusión simplista y engañosa. Muy significativo es el siguiente párrafo que transcribo directamente: “The NT is a group of writings that have been written in then popular, spoken form of Greek. As such it is part of the *Koine*. But the *Koine* is a much larger entity. Its vocabulary must have run up to hundreds of thousands of words, whereas the NT contains only about 4,900 of these. In other words, the NT represents only a tiny fraction of *Koine* Greek. When it is further remembered that the NT is written by non-Greeks, who evidence heavy influence from their Aramaic mother tongue, from their Hebrew Holy Scriptures, and from the peculiar Greek (under Jewish influence) found in the LXX, it becomes plain that the NT cannot be taken as a reliable representative of spoken Greek in Greece in the first century A.D., but only as one branch of *Koine* Greek, one that represented Semitic influence” (p. 123).

El cap. 4 (pp. 141-232) se detiene en los fenómenos sintácticos que han sufrido una mutación o desarrollo en el período de transición que sigue a la época clásica y que de algún modo se encuentran representados en el NT. El autor procura seguir diacrónicamente su desarrollo desde época antigua hasta época bizantina o a veces hasta el griego actual (neohelénico), lo que permite un arco de tiempo importante bastante esclarecedor. También estudia los neologismos introducidos en el período de la *Koiné* y que también se constatan en el NT. La conclusión más importante de este capítulo está en constatar cómo existen formas y estructuras lingüísticas testimoniadas en el NT que siguen cristalizadas en períodos posteriores, mientras otros casos han sufrido un desarrollo que llega hasta nuestros días. A este propósito es importante descubrir que muchos neologismos léxicos y sintácticos, que se tenían como producto del influjo del griego de los LXX o consecuencia de un griego semitizado por influjo de las lenguas semíticas (hebreo y arameo especialmente), no son un caso aislado en el *corpus* del NT, sino que perduran en épocas posteriores. En este sentido, la literatura posterior al NT es de una gran importancia para resolver problemas que en algunos casos se creían propios y exclusivos de aquél o para ayudar, en otros casos, a la interpretación de algún pasaje. En este capítulo, de gran interés para un filólogo y amante de la gramática, el autor da un repaso general –a veces demasiado somero– a las distintas partes de la gramática tradicional: los casos, los pronombres, el verbo, los tiempos, los modos, el infinitivo, el participio, las oraciones subordinadas y las interrogativas, las preposiciones, las conjunciones, y las partículas (condicionales, temporales) y la negación. La lectura de este casi centenar de páginas, a pesar de los muchos –muy documentados y profundos– trabajos existentes en este campo, es interesante, aunque –hay que decirlo– no siempre deja igualmente satisfecho. Pero el propósito del autor parece cumplido: “This chapter exemplifies in a signal way the need for a holistic approach to the Greek language, one in which the later phases of the language will be allowed to make their own impact on the interpretation of the NT text” (p. 572).

El cap. 5 (pp. 233-336) sigue al anterior como una ejemplificación de lo allí expuesto, haciendo ver cómo la inteligencia de ciertos pasajes del NT depende de la lengua como tal. El autor no duda en presentar la base en que se sustenta su programa metodológico: “Exegetical discussion and interpretative discourse build on language and syntax, not the other way around. This means that before we even

start interpreting a text, we must be certain of its meaning on the linguistic-syntactical level. At least we must be aware of the options which word significance and syntax afford, where the choices, occasionally difficult to come by in a definitive sense, will nevertheless make us aware of how far we may go” (p. 233). Nueve son las cuestiones que se tratan en este capítulo a propósito de algunos pasajes con que se ejemplarizan: 1. El uso del neutro en vez del masculino (Mt 12,6.41-42: pp. 235-240); 2. El uso del plural en vez del singular (Mt 2,20; 9,8: pp. 240-247); 3. El significado de ἄμπελος y de κλήμα: si en el texto de Jn 15,1-7 Jesús es la vid o la viña (cf. Ap 14,18-19: pp. 247-261); 4. Si el aor. ind. puede apoyar el concepto de escatología realizada (Mt 12,28: pp. 261-278); 5. Si ἀπολαμβάνω en Lc 16,25 y Rom 1,27 significa “recibir” o “disfrutar” (pp. 279-291); 6. A quién se refería Jesús en Jn 21,5 con el término παιδία (pp. 291-293); 7. Si Pablo incitó a la libertad o a la esclavitud (1 Cor 7,21: pp. 293-299); 8. La interpretación de 1 Cor 7,36-38: ¿novia, hija o virginidad? (pp. 299-316); 9. Tiempo y aspecto en griego antiguo y moderno (pp. 316-336), posible-mente el apartado más importante de todos, en que se percibe con toda claridad la necesidad de ahondar en un tema que no está totalmente resuelto. Esta ejemplificación sirve para insistir una vez más –es la idea más reiterada a lo largo de toda la obra– en la importancia del griego tardío para la interpretación del NT.

Los tres últimos capítulos (pp. 339-564), que constituyen la 3ª Parte, están dedicados a la fonología, que, aunque aquí la ilustraremos breve-mente, para el autor tiene (de ahí su extensión) una importancia capital. En efecto, la dicotomía realizada por Erasmo en la pronunciación griega, que separó tan radicalmente la realidad del griego antiguo del mo-derno, ha sido fuente de no pocos errores. El cap. 6 (pp.339-396) está dedicado a la pronunciación histórica del griego y al error de Erasmo sobre la pronunciación que propuso en su referido y famoso *dialogus*. El desmontaje que Caragounis hace de esta pronunciación es posiblemente la aportación mayor de este libro. Su aparato documental, unido a la claridad de exposición (aunque compleja), es digno de encomio. Repasa naturalmente todo el alfabeto: vocales, diptongos, y consonantes, además de los acentos y espíritus. El autor concluye que el s. V a.C. (o mejor, ya el s. VI a.C.) fue un siglo de momentáneos cambios para la lengua griega, en que quedó completo el alfabeto con sus 24 letras y “the old, inexact way of spelling was giving way to what came to be the normative spelling, which has been in force for the past 2500 years [...] All those elements

that are characteristic of the pronunciation used in Hellas today begin to make their appearance at this time. Even though we may not be altogether sure of the *exact quality* of the sound for each letter... we have sufficient evidence to know that the present Greek pronunciation was in all essentials establishing itself already in Vth and IVth c. B.C. [...] This means that the so-called «Modern Greek pronunciation of Greek» *is not modern at all*” (p. 391). Importante es para este trabajo el estudio de inscripciones y papiros, que han divulgado la pronunciación en uso en su tiempo que no concuerda a veces con la ortografía.

El cap. 7 (pp. 397-474), dedicado a la “comunicación acústica de la comunicación”, contiene epígrafes tan interesantes como olvidados tantas veces: la lectura en voz alta en la Antigüedad; el aspecto acústico en el NT; la composición literaria y la dimensión acústica; la diatriba; y, por último, el importante epígrafe sobre los efectos retóricos (pp. 438-472), en que se tratan algunas figuras y *tropoi* (el uso del pron. ó; el paralelismo, las repeticiones, el ritmo y las sílabas, la simetría, el quiasmo, la *captatio benevolentiae*, la paronomasia, la parechesis, el logo-paignion, etc.) con abundantes ejemplos, muy esclarecedores, en el NT: Rom 2,1-5; 2,21-23; 4,25; 5,21; 8,31-39; 14,7-8; 1 Cor 1,27; 9,19-22; 10,23; 13,1-3; 15,42-43; y 2 Cor 11,16-31, entre otros. Los datos que nos aportan los tratados de retórica antigua –el autor pone de relieve a Dionisio de Halicarnaso y Hermógenes, entre otros– son sin duda una ayuda para comprender con mayor profundidad el NT y valorar su texto, aunque hay que decir que este campo de la retórica ya viene siendo suficientemente explorado, con éxito, desde hace tiempo. Recuérdense, por citar algunos, los trabajos de J. Forbes, *The Symmetrical Structure of Scripture*, Edimburgh 1854); N.W. Lund, *Chiasmus in the NT. A Study in Formgeschichte*, Chapel Hill 1942; C.H. Lohr, *Oral Techniques in the Gospel of Matthew*, en *CBQ* 23 (1961) 403-435; o la tesis de A. Vanhoye, *La structure littéraire de l'Épître aux Hébreux*, Paris-Bruges 1963, que ha servido de modelo para tantos estudios neotestamentarios posteriores.

El cap. 8 (pp. 475-564), el último, en paralelo con el anterior, trata de la dimensión acústica en la transmisión del texto. El sistema de la pronunciación de la lengua griega es de capital importancia en la transmisión manuscrita. No hay estudioso de Mss griegos, y especialmente del NT, que no tropiece constantemente con los escollos de los vocalismos y consonantismos que a veces quedan confundidos con va-

riantes propiamente dichas, pero que en realidad no son sino manifestaciones de la pronunciación de la lengua en un determinado momento, pronunciación que a veces se transmite tal cual por fidelidad al texto del que se copia. El análisis de esta transmisión textual lleva al autor a concluir que también los primeros cristianos, desde su comienzo, han heredado el sistema de pronunciación que viene desde antiguo (la así llamada “pronunciación histórica griega”), y en este sentido deberían haberse leído sus Mss, y consecuentemente sus errores deberían de ser evaluados a la luz de tal sistema. Con el fin de examinar con detalle los diversos errores en que se cae con frecuencia, el autor presenta una lista de ellos a partir del ϣ⁶⁶ (pp. 502-517). Este capítulo es de suma importancia para quienes se dedican al estudio de Mss griegos, especialmente bíblicos, pues compromete no poco el buen hacer en crítica textual y en concepto de “variante”. El autor presenta muchos ejemplos del NT en que es decisiva la pronunciación/escritura para la inteligencia del texto y el desarrollo de la tradición manuscrita. En estos casos intervienen de modo muy especial los intercambios vocálicos. Para los intercambios consonánticos, unido a otro intervocálico, el autor presenta una *crux interpretum*, el caso de *καυχῆσθωμαι* en 1 Cor 13,2 en los Mss en lugar de la forma que “ought to be regarded as the original reading”: *καυθήσομαι* o *καυθήσωμαι* (pp. 547-564).

Un resumen con conclusiones muy claras termina la obra (565-582), a lo que sigue, respaldándola, una abundante y preciada bibliografía (pp. 588-642) que tiene en cuenta un gran repertorio de autores griegos desde época antigua a época medieval, una abundante bibliografía bíblica, así como estudios modernos sobre la lengua griega que contemplan incluso estadísticamente el uso del léxico. Siguen unos índices de autores modernos (pp. 643-650), otro bíblico (pp. 651-669), otro índice de ediciones y traducciones del NT (pp. 670-671), otro de textos griegos, que incluye autores, obras, inscripciones y papiros (pp. 672-709) y, por último, un índice de nombres antiguos y temas (pp. 710-732).

He aquí, en síntesis, un libro muy documentado y valiente, que constituye un *tour de force* encaminado a demostrar con detalles dos cosas fundamentales: por una parte, la unidad de la lengua griega, su continua e ininterrumpida evolución; y, por otra, el hecho de que el NT constituye sólo una pequeña parte de la lengua griega y de su literatura y cuyo origen tuvo lugar en un momento breve de la historia de la lengua, en un período de cambio y de modernización. Creo que,

en orden a una mayor concisión, podrían haberse evitado muchas repeticiones, pero también es verdad que en un libro tan extenso como éste, con tanta variedad temática, se agradece a veces la reiteración para retomar el cauce del argumento principal.

ÁNGEL URBÁN
Universidad de Córdoba

CORRIENTE, Federico; FERRANDO, Ignacio, *Diccionario avanzado árabe* (Barcelona: Herder, 2005, 2ª edición), VIII+1326 pp. ISBN: 84-254-2287-6

Al finalizar la década de los ochenta del pasado siglo XX se vivieron momentos alentadores para la enseñanza y estudio de la lengua árabe en la universidad española. La presencia del Profesor Federico Corriente al frente de una cátedra en el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid parecía anunciar que la curiosa marginación que la lengua árabe sufría en el ámbito del arabismo universitario español iba a pasar al recuerdo. Marginación llamo al escaso número de investigaciones (artículos especializados, monografías, manuales, tesis doctorales) en torno a la lengua árabe, su enseñanza o la historia de la lingüística, que por aquel entonces habían dedicado los arabistas españoles, muy en contraste tanto con la atención que la lengua árabe ha suscitado en las sociedades árabo-islámicas tradicionales, como con la que a otras lenguas (latín, alemán, francés) suelen dedicar las áreas filológicas respectivas. Pero la esperanza de un cambio inminente se frustró por razones que algún historiógrafo del arabismo español tal vez llegue a desvelar. El Profesor Federico Corriente, modelo de lingüista, maestro, profesor e investigador donde los haya, no tardó en dejar aquella cátedra, y lo que se aventuraba como cambio inminente hubo de esperar unos años o bien se desvaneció. Su labor impulsora no se vio afortunadamente interrumpida en lo que respecta a la investigación; de ello son buena prueba no solo su propia obra desde entonces, sino la labor de sus discípulos más o menos directos, tanto en los ámbitos en lo que el Profesor Corriente viene edificando su obra, como en otros aledaños. En cuanto a la enseñanza del árabe, otra ha sido la historia, y aquí sí creo que puede hablarse de un daño causado por unas circunstancias que desconozco y que motivaron la interrupción del magisterio del Profesor Corriente en la Universidad Complutense, desde donde podría haber ejercido una influencia eficaz